

LA HISTORIA DEL DESCONOCIMIENTO: DE LAS PROHIBICIONES AL ESTUDIO DE LA IGNORANCIA

Thiago Barbosa Soares¹

RESUMEN: Este artículo investiga la trayectoria histórica y conceptual del “desconocimiento”, entendido no como mera ausencia de conocimiento, sino como fenómeno social, epistemológico y político activamente construido. Partiendo de la filosofía antigua, pasando por la ciencia moderna y llegando a los debates contemporáneos, analizamos cómo se ha percibido, manipulado y, recientemente, transformado la ignorancia en objeto de estudio científico. Destacan los mecanismos de producción del desconocimiento, sus funciones sociales y su papel en las disputas de poder, utilizando referencias fundamentales como Proctor, Smithson, Merton y Santos. Se concluye que el estudio del desconocimiento es crucial para comprender los límites y las dinámicas del conocimiento en la sociedad actual.

PALABRAS CLAVE: Historia de la ignorancia; Desconocimiento; Sociología del conocimiento; Epistemología; Agnotología; Producción de la ignorancia.

RESUMO: Este artigo investiga a trajetória histórica e conceitual da "ignorância", entendida não como mera ausência de conhecimento, mas como um fenômeno social, epistemológico e político ativamente construído. Partindo da filosofia antiga, passando pela ciência moderna e estendendo-se aos debates contemporâneos, analisamos como a ignorância tem sido percebida, manipulada e, recentemente, transformada em objeto de estudo científico. Destacamos os mecanismos pelos quais a ignorância é produzida, suas funções sociais e seu papel nas disputas de poder, utilizando referências-chave como Proctor, Smithson, Merton e Santos. Concluímos que o estudo da ignorância é crucial para a compreensão dos limites e da dinâmica do conhecimento na sociedade atual.

PALAVRAS-CHAVE: História da ignorância; Falta de conhecimento; Sociologia do conhecimento; Epistemologia; Agnotologia; Produção da ignorância.

¹ Doutor em Linguística pela Universidade Federal de São Carlos (UFSCar). Professor no curso de Letras e no Programa de Pós-Graduação em Letras da Universidade Federal do Tocantins (UFT). Pesquisador bolsista de produtividade do CNPq. Lattes: <http://lattes.cnpq.br/8919327601287308>. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-2887-1302>.

1. CONSIDERACIONES INICIALES

El conocimiento, tradicionalmente exaltado como la expresión más elevada de la racionalidad humana, es a menudo elevado al estatus de fundamento de las grandes narrativas civilizatorias, el progreso técnico-científico y los proyectos de emancipación individual y colectiva. Desde los albores de la filosofía hasta los paradigmas tecnocientíficos contemporáneos, el saber y la razón han sido investidos de autoridad ontológica y normativa, funcionando como dispositivos legítimos de ordenación del mundo, de domesticación de la incertidumbre y de conducción de la historia hacia un ideal de esclarecimiento. La modernidad, en particular, consolidó la creencia en la capacidad humana de acumular, sistematizar y aplicar conocimientos con miras al dominio de la naturaleza y la gestión racional de la vida social.

Sin embargo, esta apoteosis del saber se construyó a costa del oscurecimiento de su reverso conceptual: el desconocimiento. Tradicionalmente concebido como fallo, laguna o deficiencia, una simple ausencia de lo que aún no se ha descubierto o aprendido, el desconocimiento fue relegado a la periferia de la epistemología y la historia de las ideas, tratado como ruido que debía eliminarse en el proceso lineal de adquisición del saber. Esta concepción deficitaria, sin embargo, se revela no solo ingenua, sino epistemológicamente insostenible y políticamente comprometida. Descuida el hecho de que la ignorancia, lejos de configurar un vacío pasivo, posee densidad propia, historicidad singular y funcionalidad estratégica. El desconocimiento puede cultivarse con intencionalidad, instrumentalizarse como recurso de poder, inscribirse en regímenes de verdad o incluso naturalizarse por estructuras sociales e institucionales que deciden, a menudo de forma silenciosa, lo que puede, debe o no debe saberse.

El presente artículo propone, así, una arqueología crítica de la ignorancia, rompiendo con su marginación teórica y examinando sus múltiples capas de significado. Se busca evidenciar que la ignorancia no solo acompaña al saber como una sombra inevitable, sino que participa activamente en sus procesos constitutivos. Desde sus inflexiones filosóficas clásicas, pasando por la reconfiguración operada por la ciencia moderna, hasta su reciente tematización en campos como la sociología del conocimiento,

la agnotología² y las epistemologías críticas, el desconocimiento se ha revelado como un objeto epistemológico de primer orden, capaz de iluminar dinámicas invisibilizadas entre el saber, el poder y la cultura.

Al situar la ignorancia como un fenómeno activo y multifacético —a veces como límite heurístico de la razón, a veces como recurso político de dominación, a veces como motor heurístico de la investigación científica—, este estudio pretende no solo revisar la historia intelectual del tema, sino también proponer su centralidad en los debates contemporáneos. En tiempos marcados por la hiperinflación informativa, la proliferación de desinformación calculada y la erosión de la confianza en las instituciones del saber, comprender las formas, los usos y los efectos del desconocimiento se convierte en una condición indispensable para el ejercicio crítico de la ciudadanía, para la defensa de una ciencia éticamente orientada y para la promoción de una justicia cognitiva que acoja la pluralidad de los saberes, y de los no saberes, que constituyen el tejido social.

Ante este escenario, este texto, en tono de ensayo, reflexiona sobre la construcción del desconocimiento como una forma de intencionalidad humana. Para ello, se realiza un recuento e e de ideales y autores sobre cómo parte de ese desconocimiento es parte integrante de una manera específica de concebir la razón y sus instrumentos.

2. LA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA DEL DESCONOCIMIENTO: FILOSOFÍA, CIENCIA, SOCIEDAD Y EPISTEMOLOGÍA CRÍTICA

La genealogía del desconocimiento se remonta a los orígenes del pensamiento occidental, momento en el que la filosofía inaugura no solo la confianza en la razón, sino también la autocomprensión de sus límites. Desde los albores de la tradición filosófica, la ignorancia se presenta como una tensión constitutiva de la actividad reflexiva, ora como una falencia que debe superarse, ora como un punto de partida necesario para la construcción del saber. En el diálogo *Apología de Sócrates*, Platón atribuye al filósofo ateniense la célebre máxima «Solo sé que nada sé» (21d), estableciendo una paradoja epistemológica inaugural: reconocer la propia ignorancia es, en sí mismo, un acto de sabiduría. Tal formulación no representa resignación o nihilismo, sino una actitud metacognitiva ante la insuficiencia del saber humano frente al mundo, una forma de humildad epistemológica que impulsa la búsqueda de la verdad (Platão, 2000).

² La agnotología investiga cómo la ignorancia, en lugar de ser una simple falta de conocimiento, puede construirse y promoverse activamente con fines específicos de control social.

Esta tensión permanece en Aristóteles, quien al desarrollar su lógica y metafísica, sistematiza la distinción entre lo conocido y lo desconocido. En lugar de concebir la ignorancia como un vacío amorfo, la delimita como un campo específico de investigación, cuya inteligibilidad se da por categorías y principios racionales (Aristóteles, 2002). Surge así la idea de que hay ignorancias legítimas, temporales, condicionadas, que pueden superarse mediante un método sistemático, sentando las bases de la epistemología clásica. Sin embargo, a lo largo de la Edad Media, el desconocimiento pasa a estar enmarcado por paradigmas teológicos. Bajo la primacía del cristianismo, el saber humano se somete a los límites impuestos por la trascendencia. La prohibición del conocimiento, simbolizada por el fruto prohibido del Génesis, transforma ciertos ámbitos en «misterios divinos», inaccesibles a la razón y protegidos por la fe (Aquino, 2009). Se establece, entonces, una forma teológica de ignorancia, no solo tolerada, sino sacralizada, necesaria para el mantenimiento del orden espiritual y la contención de la hybris racional.

Es solo con la Revolución Científica que se inicia una profunda reconfiguración de la ignorancia. El giro epistemológico de los siglos XVI y XVII redefine el desconocimiento como un territorio por explorar, colonizar y conquistar. Francis Bacon, e , en *Novum Organum* (1620), proclama que «el conocimiento es poder», invirtiendo el signo de la ignorancia: esta pasa a representar una debilidad social, política y cognitiva que debe ser erradicada mediante el método empírico y la inducción racional (Bacon, 2005). Lo desconocido se convierte en frontera científica, espacio prometedor de descubrimiento y control. René Descartes, por su parte, radicaliza esta perspectiva con la duda metódica, concebida como mecanismo para purgar errores y construir certezas indudables. La ignorancia aparece aquí como un obstáculo cognitivo, como una negación de la claridad y la evidencia, que debe ser vencida mediante la deducción y el análisis riguroso (Descartes, 1999).

El proyecto ilustrado del siglo XVIII consagra esta lógica. Inspirados por ideales de progreso y libertad, filósofos como Voltaire, Diderot y Condorcet pasan a ver la ignorancia, especialmente la impuesta por las instituciones y los dogmas religiosos, como la principal enemiga de la razón y la autonomía. La difusión del conocimiento se convierte en un imperativo ético y político. En este contexto, la ignorancia no es solo un estado individual de no saber, sino una condición estructural que debe ser transformada por la educación y la ciencia (Cassirer, 1992). La modernidad instaurada por la Ilustración

consolida así la concepción de la ignorancia como retraso, como superstición, como obstáculo para el desarrollo de las potencialidades humanas.

Sin embargo, en el siglo XX, esta concepción lineal y triunfalista del conocimiento comienza a ser deconstruida por las ciencias humanas y sociales. La ignorancia pasa a ser considerada no como una simple carencia, sino como una construcción social, cultural y política. La sociología del conocimiento, notablemente a través de Karl Mannheim, introduce la idea de que todo conocimiento está socialmente situado y, por lo tanto, también lo está el no saber. En *Ideología y utopía* (1929), Mannheim demuestra que las formas de conocer y de ignorar están condicionadas por las posiciones sociales de los sujetos, de modo que los grupos dominantes tienden a promover formas de conocimiento que oscurecen o marginan las realidades incómodas (Mannheim, 1972). La ignorancia, por lo tanto, puede ser funcional para el mantenimiento de las ideologías.

Robert K. Merton, en el mismo espíritu, introduce el concepto de *ignorancia pluralista*, revelando cómo las normas sociales indeseadas pueden persistir a través de la creencia errónea de que todos las aceptan, cuando en realidad la mayoría las rechaza en privado. Esta forma de ignorancia es relacional, dinámica y basada en la opacidad intersubjetiva, lo que demuestra que la ignorancia también opera como efecto de las percepciones sociales (Merton, 1987). De manera complementaria, Ludwik Fleck propone un enfoque epistemológico que anticipa muchos debates poskuhnianos: para él, los «colectivos de pensamiento» determinan no solo lo que se considera verdadero, sino también lo que se desprecia, se olvida o se considera incognoscible. Así, la ignorancia se establece como resultado de las prácticas de validación y exclusión de los paradigmas dominantes (Fleck, 2010).

Es en este contexto de creciente problematización que, a finales del siglo XX, surge la *agnetología*, propuesta por el historiador de la ciencia Robert N. Proctor como un campo específico dedicado al estudio de la producción de la ignorancia. Rompiendo definitivamente con la idea de que el desconocimiento sería solo una ausencia pasiva, Proctor y Schiebinger (2008) demuestran que la ignorancia puede ser fabricada intencionalmente por intereses políticos y económicos. El caso paradigmático es el de la industria tabacalera, que financió deliberadamente estudios científicos sesgados y difundió dudas sobre los efectos nocivos del cigarrillo con el fin de retrasar las regulaciones sanitarias. Esta *ignorancia fabricada* resultó ser un dispositivo de control informacional, una sofisticada estrategia de ocultación.

El modelo de la duda estratégica, descrito posteriormente por Naomi Oreskes y Erik Conway (2010), resulta replicable: sectores industriales y políticos han adoptado el mismo *modus operandi* en debates sobre el calentamiento global, los pesticidas, la energía nuclear y la salud pública. En este escenario, la ignorancia se convierte en un artefacto producido, difundido e instrumentalizado. Michael Smithson (1989; 2015), al ofrecer una tipología de la ignorancia, amplía aún más este panorama, distinguiendo entre la ignorancia como tabú (conocimiento prohibido), como pérdida futura (lo aún no descubierto), como secreto (conocimiento oculto), como inconmensurabilidad (intraducibilidad entre paradigmas) y como incertidumbre (límite probabilístico del saber). Esta categorización revela la complejidad del fenómeno, con implicaciones epistemológicas y ético-políticas.

La contemporaneidad, a su vez, profundiza estas perspectivas con enfoques críticos que sitúan la ignorancia en el centro de las disputas por la visibilidad, la representación y el poder. La epistemología de la ignorancia, sobre todo en las contribuciones de Nancy Tuana y Charles Mills, pone de manifiesto los mecanismos estructurales por los que se fabrican, mantienen y legitiman los no saberes. Tuana (2006) muestra cómo las instituciones educativas, jurídicas y científicas operan sistemáticamente el borrado de conocimientos sobre género, sexualidad y corporalidad. Mills (2007), al acuñar el término *ignorancia blanca*, denuncia el rechazo histórico, consciente e inconsciente, del privilegio racial por parte de las élites blancas, poniendo de manifiesto que la ignorancia puede ser un instrumento de supremacía y violencia simbólica.

Stuart Firestein (2012), por el contrario, ofrece un giro propositivo al rescatar la noción de ignorancia productiva. Para él, el «saber de no saber» es el motor de la ciencia: no es la respuesta lo que impulsa la investigación, sino la formulación precisa de buenas preguntas. La ignorancia, en este sentido, es combustible heurístico, catalizador del progreso científico e intelectual. Esta visión se conecta con debates más amplios sobre las relaciones entre incertidumbre, complejidad y democracia.

Sheila Jasanoff y Boaventura de Sousa Santos, por último, problematizan las formas en que las sociedades contemporáneas deben lidiar con la ignorancia. Para ambos, la distinción entre «ignorancias necesarias», derivadas de la complejidad de los sistemas técnico-científicos, e «ignorancias perversas», fabricadas por intereses ocultos, exige una ética del saber. Esta ética pasa por el reconocimiento de la pluralidad epistémica, la ampliación de la participación pública en la definición de los conocimientos legítimos y la promoción de la justicia cognitiva como horizonte democrático (Jasanoff, 2007; Santos,

2018). El desconocimiento, en su historicidad y multiplicidad, se revela, por lo tanto, como un elemento estructurante de la condición humana, cuyo enfrentamiento exige no solo más conocimiento, sino otros conocimientos, distribuidos, críticos y plurales.

3. CONSIDERACIONES FINALES: LA IGNORANCIA COMO CLAVE EPISTÉMICA Y POLÍTICA

La trayectoria de la ignorância, desde su condición subalterna en la tradición filosófica clásica hasta su reciente legitimación como objeto epistémico robusto, revela no solo un giro teórico, sino una profunda reconfiguración de las formas en que concebimos el saber, el poder y la verdad. Lejos de representar una mera ausencia o déficit cognitivo, la ignorancia emerge hoy como un fenómeno multifacético, atravesado por fuerzas históricas, intereses políticos y disputas simbólicas que configuran su producción, circulación y funcionalidad social.

La genealogía de la ignorancia denuncia, por lo tanto, la insuficiencia de las visiones binarias que oponen el saber y la ignorancia, la verdad y el error, la ciencia y la superstición. Contrariamente a estas dicotomías estancadas, se evidencia que la ignorancia puede fabricarse con intencionalidad estratégica, sostenida por estructuras institucionales o incluso e e constituir una condición necesaria para el avance de la ciencia y la crítica. En este contexto, se hace urgente el desarrollo de una alfabetización epistémica que incluya no solo el dominio de lo que se sabe, sino también la conciencia crítica sobre lo que se ignora y por qué se ignora.

Reconocer las funciones de la ignorancia, en toda su complejidad, es fundamental para deconstruir los dispositivos de desinformación y obliteración cognitiva que comprometen la integridad del debate público y corroen los fundamentos de la ciudadanía democrática. La ignorancia, a menudo, se produce deliberadamente para ocultar verdades incómodas, sostener privilegios o fomentar polarizaciones sociales. También es decisivo para comprender los límites constitutivos de la racionalidad científica, cuyos métodos, paradigmas y elecciones investigativas están atravesados por valores, ideologías y exclusiones. La ignorancia, en este caso, no es una falla del sistema científico, sino parte inherente de su funcionamiento contingente y autocorrectivo.

Además, es necesario promover una alfabetización de la ignorancia, es decir, formar sujetos capaces de reconocer críticamente las formas, los usos y los efectos del no

saber en diferentes ámbitos, desde el político al científico, desde el educativo al mediático. Esta competencia epistémica no implica la celebración del oscurantismo, sino la lucidez ante la opacidad constitutiva de todo conocimiento. Por último, es imprescindible garantizar la justicia cognitiva mediante la valorización de epistemologías plurales y el reconocimiento de conocimientos históricamente silenciados, como los de las poblaciones indígenas, afrodescendientes, periféricas o subalternizadas. La lucha contra la ignorancia, en este horizonte, no se lleva a cabo solo mediante la difusión del conocimiento hegemónico, sino también mediante la escucha activa de otras racionalidades.

En este sentido, cultivar una epistemología de la ignorancia es, paradójicamente, uno de los gestos más esclarecidos y políticamente necesarios de la contemporaneidad. En un mundo atravesado por infodemias, negacionismos y tecnociencias complejas, afrontar el desconocimiento como problema filosófico, sociológico y político no es rendirse al escepticismo, sino defender radicalmente el conocimiento mismo como bien público. La ignorancia, pensada críticamente, se revela no como una amenaza, sino como una posibilidad: de autocomprensión, de transformación social y de resistencia epistémica.

REFERENCIAS

AQUINO, Tomás de. **Suma Teológica**. Tradução de Aldo Vannucchi et al. São Paulo: Loyola, 2009. (Coleção Pensamento Humano).

ARISTÓTELES. **Metafísica**. Tradução de Leonel Vallandro. Porto Alegre: Globo, 2002.

BACON, Francis. **Novum Organum**. Tradução de José Aluysio Reis de Andrade. São Paulo: Nova Cultural, 2005. (Coleção Os Pensadores).

CASSIRER, Ernst. **A Filosofia do Iluminismo**. Tradução de Álvaro Cabral. Campinas: Editora da Unicamp, 1992.

DESCARTES, René. **Discurso do Método**. Tradução de J. Guinsburg e Bento Prado Júnior. São Paulo: Abril Cultural, 1999. (Coleção Os Pensadores).

FIRESTEIN, Stuart. **Ignorance: How It Drives Science**. New York: Oxford University Press, 2012.

FLECK, Ludwik. **Gênese e Desenvolvimento de um Fato Científico**. Tradução de Georg Otte e Mariana Camilo de Oliveira. Belo Horizonte: Fabrefactum, 2010.

JASANOFF, Sheila. **Designs on Nature: Science and Democracy in Europe and the United States**. Princeton: Princeton University Press, 2007.

MANNHEIM, Karl. **Ideologia e Utopia**. Tradução de Sérgio Santeiro. Rio de Janeiro: Zahar Editores, 1972.

MERTON, Robert K. Three Fragments from a Sociologist's Notebooks: Establishing the Phenomenon, Specified Ignorance, and Strategic Research Materials. **Annual Review of Sociology**, v. 13, p. 1-28, 1987. Disponível em: <https://doi.org/10.1146/annurev.so.13.080187.000245>. Acesso em: 28 out. 2023.

MILLS, Charles W. White Ignorance. In: SULLIVAN, Shannon; TUANA, Nancy (Ed.). **Race and Epistemologies of Ignorance**. Albany: State University of New York Press, 2007. p. 11-38.

ORESQUES, Naomi; CONWAY, Erik M. **Merchants of Doubt: How a Handful of Scientists Obscured the Truth on Issues from Tobacco Smoke to Global Warming**. New York: Bloomsbury Press, 2010.

PLATÃO. **Apologia de Sócrates**. Tradução de Maria Lacerda de Moura. São Paulo: Martin Claret, 2000. (Coleção Obra-Prima de Cada Autor).

PROCTOR, Robert N.; SCHIEBINGER, Londa (Ed.). **Agnotology: The Making and Unmaking of Ignorance**. Stanford: Stanford University Press, 2008.

SANTOS, Boaventura de Sousa. **O Fim do Império Cognitivo: A Afirmação das Epistemologias do Sul**. Coimbra: Edições Almedina, 2018.

SMITHSON, Michael. **Ignorance and Uncertainty: Emerging Paradigms**. New York: Springer-Verlag, 1989.

SMITHSON, Michael. Ignorance Studies. In: WRIGHT, James D. (Ed.). **International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences**. 2. ed. v. 11. Oxford: Elsevier, 2015. p. 610-615.

TUANA, Nancy. The Speculum of Ignorance: **The Women's Health Movement and Epistemologies of Ignorance**. *Hypatia*, v. 21, n. 3, p. 1-19, 2006. Disponível em: <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.2006.tb01110.x>. Acesso em: 28 out. 2023.